

A continuación se entabló una animada polémica. El banquero, que por entonces era más joven e impetuoso, perdió la calma, dió un puñetazo en la mesa y, encarándose con el joven abogado, gritó:

—¡Eso es falso! Le apuesto dos millones a que no resistiría ni cinco años en la cárcel.

—Si habla usted en serio —contestó el abogado—, le apuesto a que soy capaz de permanecer encerrado no ya cinco años, sino quince.

—¿Quince? ¡Hecho! —exclamó el banquero—. Señores, pongo dos millones.

—De acuerdo. Usted pone dos millones y yo mi libertad —dijo el abogado.

De esta forma se llevó a cabo la estúpida y disparatada apuesta. El banquero, que a la sazón no hubiera podido contar sus millones, era un ser mimado y caprichoso al que una apuesta de esta índole ponía fuera de sí de placer. Durante la cena, bromeando con el abogado, le dijo:

—Reflexione usted, joven, antes de que sea demasiado tarde. Dos millones no significan nada para mí, mientras que usted se expone a perder tres o cuatro de los mejores años de su vida. Y digo tres o cuatro porque no resistirá usted más tiempo. No olvide tampoco, desdichado, que la prisión voluntaria es mucho más dura de soportar que la forzosa. La idea de que en todo momento tendría derecho a recobrar la libertad envenenará por completo su vida en la celda. ¡Me da usted lástima!

Ahora, mientras el banquero paseaba de una esquina a otra, recordó todo aquello y se preguntó:

"¿Por qué haría yo esta apuesta? ¿De qué ha servido? El abogado ha perdido quince años de su vida y yo he tirado por la ventana dos millones. ¿Demostrará esto que la pena de muerte es peor o mejor que la cadena perpetua? ¡No, segu

ro que no! Todo ha sido una gran necedad. Por mi parte, fue un capricho de hombre acaudalado; por la del abogado, simple sed de oro."

Y continuó recordando lo sucedido tras aquella fiesta. Se decidió que al abogado sufriera el encarcelamiento bajo la más estrecha vigilancia, en un pabellón construido en el jardín del banquero. Acordóse también que durante los quince años perdería todo derecho a atravesar el umbral de la puerta, a ver persona alguna, a oír voces humanas y a recibir cartas o periódicos. Se le permitió tener un instrumento musical, leer libros, escribir cartas, beber vino y fumar. Según el convenio, podía comunicarse con el mundo exterior, aunque en silencio, a través de un ventanillo construido expresamente para este fin. Todo lo que necesitase —libros, partituras, vino— podría recibirlo enviando una nota a través de la ventana. El acuerdo preveía todos aquellos detalles y minucias que hacen severa la reclusión, y obligaba al abogado a permanecer encerrado durante quince años, exactamente desde las doce del 14 de noviembre de 1870 hasta la medianoche del 14 de noviembre de 1885. El menor intento por parte del abogado de romper las condiciones estipuladas, de salir aunque sólo fuera dos minutos antes de la hora, liberaba al banquero de la obligación de pagarle los dos millones.

Durante el primer año, el abogado, por lo que se desprendía de sus breves misivas, sufría mucho de soledad y aburrimiento. Día y noche llegaban del pabellón las notas del piano. Rehusó el vino y el tabaco. "El vino", escribió, "excita el deseo, y el deseo es el primer enemigo del prisionero. Además, no hay nada más aburrido que beber a solas un buen vino, y el tabaco vicia el aire en la habitación." Durante el primer año el abogado recibió libros de género ligero: novelas policiacas, de aventuras, de complicada intriga amorosa, comedias...

El segundo año se dejó de oír el piano y el abogado pidió únicamente clásicos. El quinto año volvió a oírse música y el prisionero pidió vino. Aquellos que le vieron durante aquel año afirmaron que no había hecho más que comer, beber y permanecer tumbado en la cama. Bostezaba con frecuen-

cia y hablaba consigo mismo con voz irritada. No leyó libro alguno, pero a veces, por la noche, se sentaba a escribir durante largo tiempo, y a la mañana siguiente rasgaba todo lo escrito. En más de una ocasión le oyeron llorar.

Hacia la segunda mitad del sexto año el prisionero comenzó a estudiar con aplicación idiomas, filosofía e historia. Era tal su afán que el banquero apenas tenía tiempo de comprarle los libros. En el transcurso de cuatro años tuvo que conseguirle unos seiscientos volúmenes. Fue en este período de efervescencia cuando el banquero recibió la siguiente carta:

"Mi querido carcelero: Le escribo estas líneas en seis idiomas. Haga que las lean personas entendidas. Si no encuentran error alguno, le ruego haga disparar un arma en el jardín. Por el estampido sabré que mis esfuerzos no han sido vanos. Los genios de todas las épocas y países se expresan en distintos idiomas, pero en todos ellos arde la misma llama. ¡Oh, si supiera la celestial felicidad que me embarga ahora que los entiendo!"

El deseo del prisionero se cumplió, y el banquero ordenó que se hicieran dos disparos en el jardín.

Más tarde, transcurrido el décimo año, el abogado se sentó ante la mesa y se dedicó exclusivamente a la lectura del Nuevo Testamento. Al banquero le extrañó que un hombre que en cuatro años había llegado a dominar seiscientos volúmenes eruditos empleara cerca de uno entero en la lectura de un libro fácil de comprender y no muy grueso. Al Nuevo Testamento le siguieron una historia de las religiones y un tratado de teología.

Durante los dos últimos años el prisionero leyó mucho pero sin método. Tan pronto se consagraba a las ciencias naturales como a Byron o Shakespeare. Solía enviar misivas pidiendo un libro de química, otro de medicina, una novela y algún tratado sobre filosofía o teología al mismo tiempo. Era como un naufrago que, nadando en alta mar entre los restos de un navío, se aferra a un madero tras otro en su deseo de salvar la vida.

El viejo banquero, al recordar todo aquello, pensó: "Mañana a las doce obtendrá la libertad, y de acuerdo con lo estipulado tendré que pagarle los dos millones. Si le pago habré perdido todo. Me arruinaré para siempre..."

Quince años atrás le hubiera resultado imposible contar sus millones, pero ahora le daba miedo preguntarse qué tenía en mayor cantidad: fortuna o deudas. El juego en la Bolsa, las especulaciones arriesgadas y su carácter temerario, que ni siquiera el paso de los años logró atemperar, habían demoronado sus negocios, y el intrépido, confiado y orgulloso financiero se había convertido en un mediocre banquero que temblaba ante la menor oscilación en el mercado.

"¡Maldita apuesta!", murmuró el anciano llevándose con desesperación las manos a la cabeza. "¿Por qué no habrá muerto ese hombre? Sólo tiene cuarenta años. Se llevará todo lo que me queda, se casará, gozará de la vida, jugará en la Bolsa, y entretanto yo tendré que contemplarle como un mendigo envidioso, y tendré que oír de sus labios la misma frase todos los días: 'le debo la felicidad de mi vida. ¡Déjeme que le ayude!' ¡No, eso sería demasiado! Lo único que podría librarme de la bancarrota y del oprobio sería la muerte de ese hombre."

Dieron las tres. El banquero escuchó. Todo el mundo dormía en la casa. Tan sólo se percibía el gemido de los árboles helados al otro lado de los ventanales. Procurando no hacer ruido, sacó de la caja fuerte la llave de la puerta que no se había abierto en quince años, se puso el abrigo y salió de la casa. El jardín estaba oscuro y hacía frío. Estaba lloviendo. El viento, húmedo y penetrante, bramaba por todo el jardín y no daba descanso a los árboles.

Por más que esforzaba la vista, el banquero no distinguía el suelo, ni las blancas estatuas, ni el pabellón, ni los árboles. Acercándose al pabellón, llamó dos veces al guardián. Nadie respondió. Sin duda el guardián se había resguardado del mal tiempo; estaría durmiendo en algún rincón de la cocina o del invernadero.

"Si tuviese valor para realizar mi propósito", pensó el anciano, "las sospechas recaerían en primer lugar sobre el guardián."

En medio de la oscuridad, buscó a tientas los peldaños y la puerta y entró en el vestíbulo del pabellón; luego pasó al estrecho pasillo y encendió una cerilla. No había un alma; sólo se veía una cama sin sábanas ni mantas y la sombra oscura de una estufa en un rincón. Los sellos de la puerta que conducía hasta el prisionero estaban intactos.

Al apagarse la cerilla, el viejo, temblando de nerviosismo, se asomó a la pequeña ventana.

En la estancia ardía con tenue luz una vela. El prisionero estaba sentado ante la mesa y sólo se le veían la espalda, el cabello y los brazos. Había libros abiertos sobre las dos sillas, la mesa y la alfombra.

Pasaron cinco minutos y el prisionero no hizo el menor movimiento. Quince años de encierro le habían enseñado a sentarse completamente inmóvil. El banquero golpeó el cristal del vantanello con el dedo, pero el prisionero no reaccionó. Entonces el banquero arrancó con sumo cuidado los sellos de la puerta y metió la llave en la cerradura. El herrumbroso cerrojo emitió un crujido ronco y la puerta chirrió. El banquero esperaba oír inmediatamente un grito de sorpresa y el ruido de pasos, pero pasaron tres minutos y al otro lado de la puerta seguía reinando el mismo silencio de antes. Decidió entrar.

Ante la mesa se sentaba un hombre distinto del resto de los mortales. Era un esqueleto recubierto de piel tirante. Tenía largos cabellos rizados, como una mujer, una barba desgreñada, la tez amarilla, de una tonalidad terrosa, las mejillas hundidas y la espalda larga y estrecha. La mano sobre la que descansaba su peluda cabeza era tan fina y delgada que daba miedo mirarla. Su cabello empezaba a encanecer, y al contemplar su viejo y demacrado rostro nadie habría creído que tan sólo contaba cuarenta años. Sobre la mesa, ante la cabeza inclinada, había un pliego de papel en el que aparecía escrito algo con letra menuda.

"¡Pobre diablo!", pensó el banquero. "Está dormido y probablemente soñando con millones. Bastará con levantar este cuerpo medio muerto, arrojarlo sobre la cama y taparle durante un momento la cara con la almohada, y ni la más concienzuda investigación podrá descubrir la menor huella de muerte violenta. Pero mejor será leer antes eso que ha escrito."

El banquero cogió el pliego de la mesa y leyó:

"Mañana, a las doce de la noche, recobraré la libertad y el derecho a alternar con la gente. Pero antes de abandonar esta habitación y ver el sol, considero necesario decirle unas palabras. En pleno uso de mis facultades mentales y ante los ojos de Dios, declaro que desprecio la libertad, la vida, la salud y todo cuanto sus libros definen como bendiciones del mundo.

"Durante quince años he estudiado a fondo la vida terrena. Cierto es que no veía ni la tierra ni los hombres, pero a través de sus libros he bebido el vino aromático, he cantado canciones, he cazado ciervos y jabalíes en los bosques, he amado a mujeres... Y beldades etéreas, creadas por la magia de vuestros geniales poetas, me visitaban por las noches, confiándome maravillosos cuentos que me embriagaban.

"En sus libros escalé las cumbres del Elbruz y el Mont Blanc, y desde allí veía salir el sol con el alba, y cubrirse en los atardeceres los cielos, océanos y sierras de oro grana. Desde esas alturas veía muy por encima de mí, cómo los rayos hendían las nubes; veía verdes bosques, campos, ríos, lagos, ciudades. Oía el canto de las sirenas y la flauta del dios Pan; tocaba las alas de hermosos diablos que acudían volando a mi lado para hablar de Dios... Con sus libros me arrojé a precipicios sin fondo, hice milagros, arrasé ciudades hasta reducirlas a cenizas, prediqué nuevas religiones, conquisté países enteros...

"Sus libros me dieron sabiduría. Cuanto fue capaz de crear la infatigable mente humana a través de los siglos está concentrado en mi cerebro. Sé que soy más inteligente que todos vosotros.

"Y desprecio vuestros libros, desprecio todos los bienes y toda la sabiduría del mundo. Todo es vano, baladí, quimérico, engañoso como un espejismo. Aunque séais altivos, sabios y hermosos, la muerte os barrerá de la faz de la tierra como ratones en su madriguera; y vuestra posteridad, vuestra historia, la inmortalidad de vuestros genios, todo arderá con el globo terrestre y se convertirá en lava petrificada.

"Estáis locos, habéis equivocado el camino. Tomáis la mentira por verdad, la fealdad por belleza. Quedaríais mara villados si de repente los naranjos y manzanas dieran lagartos y ranas en lugar de fruta, o si las rosas comenzasen a exhalar olor de sudor de caballo. De igual modo me maravillo yo de vosotros, que habéis cambiado el cielo por la tierra. No quiero comprenderos.

"Y a fin de demostrar palpablemente mi desprecio por todo aquello que motiva vuestra existencia, renuncio a los dos millones que en otro tiempo me parecieron el paraíso y que ahora desdeño. Para perder el derecho a esa cantidad saldré de aquí cinco minutos antes de la hora fijada, violando así el acuerdo."

Una vez que el banquero hubo leído el pliego, lo dejó sobre la mesa, besó la cabeza de tan singular hombre, comenzó a llorar y abandonó el pabellón. Jamás, ni siquiera tras las peores pérdidas en la Bolsa, se había sentido tan despreciable como ahora. Al regresar a casa se dejó caer en la cama, pero la excitación y las lágrimas le mantuvieron en vela durante mucho tiempo.

A la mañana siguiente el pobre guardián se presentó corriendo ante él y le contó que habían visto al hombre del pabellón saltar al jardín por la ventana y desaparecer. El banquero, seguido de sus criados, se dirigió inmediatamente al pabellón y comprobó la fuga del prisionero. A fin de evitar rumores innecesarios recogió de la mesa el pliego en el que se detallaba la renuncia, y de vuelta a su casa lo guardó en la caja fuerte.

## EL TEATRO.

## INTRODUCCION:

Cuando intentamos juzgar una obra de teatro, debemos preguntarnos: ¿qué trata de hacer el artista?, ¿lo ha hecho bien?, ¿merece hacerse?; pero, para contestar con verdadero conocimiento de causa, ¿qué elementos de la obra debemos observar? ¿qué criterio seguir para valorarlos?

Estos y otros aspectos esenciales del arte escénico serán tratados a continuación.

## OBJETIVOS:

- 1.- Mencionar a quién se considera como el padre del drama moderno.
- 2.- Enunciar las tres preguntas de Goethe.
- 3.- Definir el arte.
- 4.- Explicar qué diferencia existe entre realidad y realismo.
- 5.- Establecer de qué elementos específicos consta el arte y en qué consisten.
- 6.- Determinar en qué elemento varían el teatro, el cine y la televisión.
- 7.- Mencionar cuál es el propósito del arte.
- 8.- Enunciar cómo se considera al teatro como arte y qué elementos lo constituyen.

- 9.- Enumerar qué elementos artísticos se manifiestan en el teatro.
- 10.- Determinar cuáles son las obligaciones del teatro hacia su público y del público hacia el teatro.
- 11.- Establecer cómo deben ser los personajes.
- 12.- Definir qué elementos de la obra son los instrumentos del dramaturgo.
- 13.- Mencionar en qué consiste el elemento llamado espectáculo.
- 14.- Enunciar cuáles son las características de la tragedia; cuál es su factor esencial según Aristóteles y en qué consiste.
- 15.- Definir las características del melodrama; sus diferencias con la tragedia; sus historias preferidas; por qué predomina el sentimentalismo; por qué pueden colocarse los espectadores en el lugar de cualquier personaje del melodrama y qué ofrece el melodrama al público.
- 16.- Enumerar qué campos de la comedia señala la escalera de Alan Reynolds Thompson y en qué orden.
- 17.- Señalar cuáles son los tipos más comunes del infortunio físico; qué acontecimientos aparecen en las estrategias del argumento; cuáles son los elementos fundamentales de la farsa; en qué consiste la incongruencia de los personajes; cuándo se llega a la altura máxima del humor; cómo se puede definir la alta comedia; por medio de qué podemos convertir una farsa en comedia o una comedia en farsa; cuáles son los elementos de la comedia y cómo deben presentarse; qué provoca la comedia auténtica; cuáles son las características de la farsa.
- 18.- Determinar cómo se estructura la obra de teatro; cómo se llama a las obras que siguen paso a paso una estructura fija.

- 19.- Mencionar qué plantea la mayoría de las piezas teatrales y qué es lo que les otorga originalidad.
- 20.- Enunciar por qué es importante el tema y cómo lo podemos encontrar.
- 21.- Determinar qué es la táctica y estrategia en una pieza de teatro.
- 22.- Explicar qué es el supuesto.
- 23.- Enumerar qué preguntas debemos hacernos si queremos juzgar adecuadamente una obra.

#### PROCEDIMIENTO:

Lee detenidamente el material de estudio, incluido a continuación, y resuelve los objetivos.

#### ACTIVIDADES:

Contesta el cuestionario que se encuentra al final del capítulo y entrégalo a tu maestro, un día antes de la evaluación. Es el requisito para poder presentarla.

#### RITMO DE TRABAJO:

- 1er. día.- Objetivos 1 al 7.
- 2o. día.- Objetivos 8 al 15.
- 3er. día.- Objetivos 16 al 23.
- 4o. día.- Actividad (autoevaluación) y repaso total.